



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA



DISCURSO DE GRADUACIONES

D.^ª Beatriz Martín Ortiz

Alumna del Máster Universitario en Acceso a la
Abogacía y la Procura y Máster de Formación
Permanente en Abogacía Internacional

Día 6 de junio a las 19:00 horas

Acto de Graduación del **Curso**
2025/2026

DISCURSO DE GRADUACIONES

D.^ª Beatriz Martín Ortiz

Alumna del Máster Universitario en
Acceso a la Abogacía y la Procura y Máster
de Formación Permanente en Abogacía
Internacional

SR. RECTOR MAGNÍFICO,
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,
Y PADRINO DE PROMOCIÓN
ESTIMADOS PROFESORES Y ALUMNOS
QUERIDOS COMPAÑEROS
SEÑORAS Y SEÑORES.

Es un auténtico privilegio para mí poder dirigirme a todos vosotros en representación de mis compañeros del posgrado de la Facultad de Derecho, los MUDE (Empresa), los MUPI (Propiedad Intelectual), los MAI (Abogacía Internacional), los MAF (Asesoría Fiscal), los de Asuntos Internacionales y, por supuesto, los MUAAP (Acceso a la Abogacía y Procura). No puedo olvidarme del ala este de posgrado, con quienes no he compartido clase, pero estoy convencida de que Comillas ha dejado una huella indeleble en ellos. Me refiero al máster de gestión de riesgos financieros, al MBA, al máster en Business Analytics, y al máster en auditoría de cuentas y contabilidad superior. Gracias a todos por ser parte de este día tan especial.

El cierre de una etapa formativa para el comienzo de otra distinta, la laboral, con la asunción de las nuevas responsabilidades que ello conlleva reviste de un carácter distintivo a esta ceremonia de graduación. Hay una obra pictórica que para mí, metafóricamente, podría describir cómo se siente un egresado, sea un futuro abogado o jurista o asesor financiero, auditor, analista o emprendedor, cuando contempla frente al acantilado lo que está por venir. Se trata de “El caminante sobre el mar de nubes”, de Caspar David Friedrich, óleo sobre lienzo de 1818, que muestra a un hombre de espaldas al espectador (cuanto menos transgresor a comienzos del S.XIX) contemplando sobrecogido la belleza de la naturaleza, en plena

introspección. Mientras que rompen las olas en el lienzo, quizás en nuestra cabeza se plantee el incesante interrogante del “¿y ahora qué?”. Pues toca seguir adelante, ¿no? Como decían nuestros mayores, “despacito y con buena letra”. Pero un momento, “¿y si surgen las dudas?”, “¿qué es lo que quiero realmente?”, “¿me ayuda mi rutina a conseguir mi propósito vital?”. Últimamente se ha puesto muy en boga ese famoso *ikigai* o razón de ser, sentido existencial, tomado de la filosofía japonesa, para que cada uno mire en su interior y se pregunte con honestidad dónde está la intersección entre “¿qué me apasiona?”, “¿en qué soy verdaderamente bueno?”, “¿qué necesita el mercado?”, y “¿es esto monetizable?”. Parece un ejercicio sencillo, no obstante, no lo es en absoluto.

En ocasiones, se hace algo porque “es lo que toca” y “es lo mejor”, como si estuviera escrito en piedra que hay que resignarse y conformarse con esperar al fin de semana para respirar. Y yo, personalmente, discrepo. Ahí fuera ya hay muchos que hacen lo que toca, pero que son profundamente infelices. La abogacía es una profesión, ante todo, vocacional, y no puede concebirse sino como servicio al cliente (la célebre excelencia) y a la sociedad (un trabajo bien hecho ayuda a crear jurisprudencia, doctrina y a mejorar la eficiencia de diversas prácticas arraigadas en un mercado en constante evolución). Asimismo, es un servicio a un equipo humano, porque comenzar una carrera jurídica en solitario es hartamente complicado, y aquellos que despuntan andando el tiempo han tenido un gran equipo detrás en sus primeros años que les ha ayudado a crecer, a imprimir carácter, a entender el coste de oportunidad, a saber ser compañeros y no pisar al de al lado sino sostenerlo cuando vienen mal dadas, y a poner buena cara al mal tiempo porque, sobre todo, la ilusión de los comienzos es (me aventuraría a decir) mágica, ya que es inseparable de ese momento concreto.

Ahora bien, también las finanzas, el capital riesgo, el principio de imagen fiel de la empresa, las transacciones comerciales de la más diversa índole, los balances, las cuentas anuales, la memoria, el estado de flujos de caja, las

ratios y los informes de sostenibilidad exigen de un compromiso vocacional. Detrás de los Excels siempre habrá personas y, detrás de las mismas, estrés, relaciones comerciales y operaciones voluminosas en jaque y, quizás, conveniencias encubiertas. Creo que Comillas ha intentado que entendamos, siguiendo su filosofía ignaciana, que las personas han de estar por encima de las métricas, pero que no hemos de ser ilusos, porque se nos plantearán situaciones que nos pondrán a prueba, y tendremos que demostrar que sabemos actuar en consecuencia, que no caeremos en el archiconocido “estos son mis principios y si no le gustan, tengo otros”. En este sentido, hay una obra que ilustra esto que quiero transmitir: “Los intereses creados”, de Jacinto Benavente (1907). Su frase axial es “mejor que crear afectos es crear intereses” (acto II, escena IX). Sin embargo, la obra entera es una refutación irónica de este principio, pues lo que termina salvando a los personajes es el vínculo humano genuino. Análogamente, ICADE no ha forjado en nosotros como graduados meros instrumentos útiles al mercado ni perfiles optimizados en métricas de rendimiento; ha cultivado algo que, parafraseando a Benavente (permitidme la licencia), “no puede acabar cuando la farsa acaba”, y se trata del criterio, la ética, la capacidad de mirar a las personas más allá de su utilidad. Podríamos extrapolar este símil en dos niveles de funcionamiento: un primer nivel crítico, el mundo, como en la obra, que opera a menudo sobre “intereses creados”, rankings, indicadores, KPIs, que no cuantifican absolutamente todo sino una parte. Por ejemplo, no se mide la templanza en una negociación que facilita transar o mediar y ha evitado un pleito costoso, es decir, no se ponen números a la prevención, pero esta sí que impacta en la confianza de los clientes que han ahorrado costes. Y un segundo nivel afirmativo en que ese “hilo sutil tejido con luz” que la obra atribuye al amor es algo que trasciende la lógica puramente instrumental y que pone a la persona en el centro.

Así pues, es tiempo de reflexión en medio de toda la vorágine que nos rodea, pero también de celebración por lo que significa haber llegado hasta aquí. Asimismo, es tiempo de recordar, porque el primer año que compartimos juntos en clase antes de nuestras respectivas prácticas fue breve pero intenso. Cada uno de nosotros traía consigo contextos distintos a sus espaldas: unos veníamos del propio ICADE, otros cambiaban de universidad para su posgrado, algunos de Madrid y otros de fuera, a los que hemos tenido el placer de conocer gracias a esa decisión, otros venían de opositar, y otros de haber estado ya trabajando previamente. Hemos pasado por el *viacrucis* de encontrar prácticas, los nervios en las simulaciones de juicios y vistas orales o antes de los exámenes, la discusión eterna de si el test resta o no resta, ajustar calendarios y horarios, reunirnos para los trabajos en grupos, la adrenalina de apurar hasta el último minuto las entregas por Moodle, o los debates en clase cuando se abría el turno de preguntas y surgían conversaciones interesantes. Muchos estamos deseando ser ya abogados, juristas en ciernes, asesores o analistas; empezar a sembrar para recoger, gracias al ejemplo que nos ha dado el magnífico claustro de profesores del que hemos tenido la fortuna de disfrutar.

Nos llevamos grandes amistades y aprendizajes del máster, todos los momentos vividos y la certeza de que, como decía Séneca (y ya me dejo de citas), “la suerte es donde confluyen oportunidad y preparación”. Estamos preparados, y atentos a las oportunidades, es un hecho incontrovertido. Pero lo que tampoco admite duda es que nuestro pensamiento crítico, nuestra capacidad de amar nuestro trabajo y de compartir con los demás, con nuestros seres queridos, amigos, conocidos, ciertamente nunca podrá ser reemplazada por una inteligencia artificial, por muy sofisticada que esta se vuelva.

Somos, por encima de todo, personas que salimos al mundo abrazando el cambio con sus dichas y desdichas, porque en eso consiste vivir. Tenedlo presente para superar los obstáculos que aparezcan en el camino con la confianza de que tuvisteis un sueño, una vocación, y que estáis en la senda hacia ella. El primer paso ha sido Comillas ICADE, ¿cuáles serán los próximos? El futuro es vuestro, ¡enhorabuena a todos, graduados!